

LUCAS. ¡Qué disparate!.. Es decir, algo de contrabando tiene el asunto...; pero no es contrabando de tabaco. Yo no quisiera descubrirselo á alma viviente...; pero ello, si se ha de averiguar la cosa, no hay más remedio que contarle.

JOBSON. ¡Oh! ¡Sí!.. Y no podíais haberos dirigido á mejor persona que á mí.

LUCAS. Pues señor, empezaré por deciros que estos ingleses son unos tunantes ..

JOBSON. ¿Eh?

LUCAS. No, excepto vos... y ese señor tan bien criado que acaba de marcharse. — Pues señor, prosigo. Tenía yo una prima más linda que una rosa..., yo la quería como un tonto, ya estaba formando mis planes de decírselo, cuando he aquí que de la noche á la mañana me encuentro con que se había enamorado de un caballere inglés... ¡Tunante!

JOBSON. (Aparte.) Esta es nuestra historia.

LUCAS. Verdad es que se llamaba sir Guillermo y yo Lucas... Muy almibarado, muy derretido, muy... sí señor... En fin, siguieron con fuerza los amores, y al cabo..., ya se ve..., cosas que... — Pues señor, parió mi prima un chiquillo..., hermosote, ¡eso sí! Pero amigo, ¿queréis creer que al año de esto, poco más ó menos, el pícaro del inglés desapareció..., y hasta hoy? Mi prima cayó mala, y por poco las lía.. ¡Llorando siempre, de día y de noche!.. Yo, ¿qué había de hacer?.. Me dediqué á cuidar al chiquillo..., yo le fajaba, yo le mecía, yo le daba papilla...

JOBSON. (Aparte.) ¡Pobre hombre!

LUCAS. Cuando ya tenía dos años, me lo traía yo al estanco para que enredase y dejara trabajar á su madre. Pues señor, un día..., miento, que fué una noche..., aún no había yo encendido el velón, y el chiquillo andaba diableando por encima del mostrador, cuando cádate que entra un hombre embozado en su capa.

JOBSON. (Aparte.) Ese era yo.

LUCAS. «A ver, una onza de tabaco colorado.» — Yo le peso su onza.. ¡Bribón! ¡Y se la pesé bien... al muy tunante! Él empieza á olerlo, y dice: «Este tabaco es malo..., huela, huela.» — Voy á olerlo, ¿y qué hace?.. ¡Plaf!.. Me sopla la onza de tabaco en los ojos..., á media onza por ojo... ¡Huy! Todavía me escuecen cuando me acuerdo. Me quedé sin sentido..., empecé á chillar, y cuando me curaron y pude abrir los ojos..., ¡adiós chiquillo! ¡Lo perdí, me lo quitó, me lo robó aquel tunante, aquel asesino, aquel ladrón! Convengamos, convengamos en que fué ladrón... ¿No es cierto?.. La verdad, ¿no fué un ladrón?

JOBSON. ¡Un ladronazo!

LUCAS. (Dándole la mano.) Me alegre. — Pues señor, prosigo. La pobre madre estuvo dos meses si se muere, si no se muere; pero ya lo dije: no hay que llorar, iremos juntos á buscar al chico, que no puede estar sino en Inglaterra... Por desgracia, ni ella ni yo teníamos un cuarto, de manera que no había medio de hacer el viaje. Entonces calculé que concretándonos á comer patatas y beber agua, podríamos, al cabo de algunos años, ahorrar un poco de dinero para la expedición... Así lo hice, y en diez y seis años he logrado juntar una suma, que estoy resuelto á emplear en que recorramos toda la Inglaterra hasta encontrar al ladrón.

JOBSON. ¿Pero qué esperanza es la vuestra? Vos no le visteis la cara, no podéis conocerlo, aunque se os pusiera delante .. así... como estoy yo.

LUCAS. ¡Ay, ay!.. ¡Lo que veo!..

JOBSON. (Aparte.) ¡Calla, qué será esto!

LUCAS. Esperad, esperad... sacaré la muestra. (Saca del bolsillo un papel en que trae envuelto un botón.) Cuando me metió el tabaco en los ojos, mi primer movimiento fué echarle la zarpa, y aunque se me escapó, me quedé con un botón entre las uñas, que es absolutamente igual á los que vos lleváis. Esta ya es una señal.

JOBSON. ¡Cierto! Ya por lo menos sabéis que es un marino. Sólo que en la Gran Bretaña seremos unos cuarenta y tantos mil... No tenéis más sino escoger.

LUCAS. Es verdad; no había caído en eso. Pero cachaza..., aún tengo otra seña más individual.

JOBSON. ¿Cuál?

LUCAS. Ya os lo diré... y vos me ayudaréis en mis pesquisas.

JOBSON. Por supuesto.

LUCAS. Voy á la playa á ver si han salvado mi equipaje y vuelvo á ver á mi prima. ¿Conque me ayudaréis?

JOBSON. Sin duda alguna. (Vase Lucas)

ESCENA XII

JOBSON. Luego, LORD MELVIL, BETI y MARÍA

JOBSON. ¡Este hombre no me va á dejar vivir! Consultaré al almirante y haré lo que él me diga. — Pero ¡qué veo!.. Milord en persona trae aquí del brazo á esa desventurada... ¡Si le habrá tocado Dios al corazón! (Sale María apoyada en el brazo de lord Melvil y sostenida por Beti.)

BETI. Tomaréis un poco el aire y eso os hará provecho.

MARÍA. (Aún no vuelta en sí.) ¿Dónde estoy?

LORD. Serenaos..., la tempestad ha cesado y estáis en salvo. (Hace señas á Jobson y á Beti de que se alejen.)

MARÍA. Es verdad. (Procurando volver en sí.)

LORD. (Aparte.) Aún no me ha conocido. (Beti y Jobson entran en la cabaña.)

ESCENA XIII

LORD MELVIL y MARÍA

MARÍA. ¡Ah! ¡Qué sueño tan horrible!.. (Déjase caer en un banco.) Pero no, no ha sido sueño...; yo me embarqué y me alejé de Francia..., sí; luego se levantó una tempestad, oí gritos de desesperación, yo me acongojé, perdí el sentido... Luego oí una voz dulce y pura que me llegó al corazón... «Yo os salvaré,» decía, y así fué; ya estoy en salvo.

LORD. (Aparte.) Parece que se va recobrando.

MARÍA (Viéndole.) ¡Ah! ¡Sois vos, señor, á quien debo la vida!.. Gracias os da esta pobre madre... (Mirándole fijamente.) ¡Pero qué veo!.. ¡Es ilusión! ¡Me engañan mis ojos!.. (Cayendo de rodillas.) ¡Hablad, señor..., hablad, yo os lo suplico!

LORD. Alzad, señora, alzad.

MARÍA. Esa voz... ¡Ah! ¡Él es, Dios mío!.. ¡Guillermo!

LORD. (Conmovido.) ¡María!

MARÍA. Guillermo... (Mirando alrededor.) ¿Y mi hijo? ¿Qué habéis hecho de mi hijo?

LORD. Serenaos, María.

MARÍA. ¡Ah!.. ¡Respondedme..., respondedme, en nombre del cielo!

LORD. Vive... y está aquí.

MARÍA. ¡Mi Arturo! (Dando voces.) ¡Arturo! ¡Hijo mío!..

LORD. ¡Ah! ¡Callad, por Dios, callad!.. Ahora vendrá, os lo prometo; pero antes me escucharéis... ¡Ah! Sí; me escucharéis, María, porque este momento puede decidir de vuestra suerte y de la mía... y sobre todo de la suerte de vuestro hijo.

MARÍA (Sorprendida.) ¿Qué decís?

LORD. ¡Qué he decir!.. ¡Que ha sido fatal vuestro pensamiento de venir á Inglaterra!

MARÍA. ¡Eso os atrevéis á decir, Dios mío! ¡Vos no sabéis sin duda todo lo que yo he padecido! El dolor había trastornado mis sentidos; ¡yo estaba loca, milord..., sí, loca! Yo llamaba á gritos á mi Arturo..., yo creía verlo en todas partes, de noche, de día... ¡Ah! ¡Qué infeliz he sido! Y ahora que lo encuentro, ahora que está cerca de mí, decís que ha sido fatal la llegada de la pobre María... ¡Ah! ¡Milord, vos no conocéis el corazón de una madre, ni habéis amado jamás á vuestro hijo!

LORD. ¡Que no le he amado jamás!.. ¡Pues qué, sino ese amor, es lo que me ha hecho ser más culpable con vos!

MARÍA. ¡Ah! No se hable más de vuestras ofensas; hace ya mucho tiempo que os las he perdonado.

LORD. Pues yo, para adquirir algún derecho á ese perdón de la madre, he querido redoblar mi amor hacia el hijo. ¡Ah! María, preguntadle, preguntadle con qué esmero le he cuidado en su infancia, con qué cariño le he educado, con qué gozo le veía crecer...

MARÍA. ¡Ah! ¡Yo no lo veía!

LORD. ¡Con cuánta delicia le miraba durmiendo á mi lado! ¡Cómo latía mi corazón al contemplar sus hermosas facciones!..

MARÍA. Es muy hermoso, ¿no es verdad?

LORD. Y siendo ya mozo, ¿quién sino yo le ha inculcado esos sentimientos nobles, todas esas virtudes que le adornan? ¡Ah! ¡María, él es mi orgullo, mi esperanza..., su vida es mi vida, separarme de él es imposible, sería matarme! ¡Ya véis, María, ya veis si le amo tanto como vos!

MARÍA. ¡Pues bien, sí..., los dos le amaremos, Guillermo!.. ¡Llevadme, llevadme á verlo...; quiero abrazarle, quiero estrecharlo contra mi corazón!..

LORD. ¡Esperad!..

MARÍA. ¡Yo quiero verlo!

LORD. ¡Por Dios, María, esperad, esperad!.. No le digáis que es hijo vuestro.

MARÍA. ¡Que no le diga que es mi hijo!.. ¿Y por qué?

LORD. ¿Por qué, decís? ¿Pues no veis que su frente va á cubrirse de vergüenza y que la madre tendrá que ruborizarse en presencia del hijo?

MARÍA (Con desesperación.) ¡Ah! ¡Dios mío!.. ¡Es verdad!.. ¿Pero qué me importa á mí ese mundo que me arroja de su seno?.. ¿Quiere que le sacrifique yo mi vida

entera? ¡No: harto desgraciada he sido!.. ¡Yo quiero ver á mi hijo, yo quiero verlo!

LORD. ¡Ah! ¡Por el bien de Arturo, por el bien de los tres, María, esperad!

MARÍA. Guillermo, hace diez y seis años que estoy esperando.

LORD. Sólo os pido un día, un solo día de silencio, María..., y vuestro sacrificio será más llevadero, porque vendréis conmigo al castillo.

MARÍA. ¿Con él?

LORD. Con él; pasaréis el día á su lado, le veréis á cada instante, dormiréis junto á él, y mañana...

MARÍA. Mañana, lo más tarde...

LORD. Sí; mañana, os lo juro por mi honor, la suerte de los tres quedará fijada.

MARÍA. Bien, milord; esperaré. (Suena ruido lejano, que se va acercando.)

LORD. ¿Oís? Viene gente...

ARTURO (Dentro.) A la cabaña.

MARÍA. Esa voz...

LORD. Es la suya.

MARÍA. ¡Ah! ¡Le voy á ver!

LORD. Conteneos..., me lo habéis ofrecido.

ESCENA XIV

DICHOS, JOBSON, BETI, ARTURO y LUCAS, cargado de maleta, sombrerera, jaula, etc. Pescadores y náufragos

ARTURO. ¡Milord, Dios nos ha protegido; todos los náufragos se han salvado!

MARÍA. (Aparte, ansiosa de ir á abrazarlo.) ¡Ah!

LORD. (Aparte, conteniéndola.) ¡María!

LUCAS. Todos, prima mía..., incluso yo y la cotorra y el sombrero...

ARTURO. Señora, me felicito de haber tenido la dicha de salvaros.

MARÍA. ¿Vos?.. ¿Fuisteis vos?

ARTURO. Yo, yo solo.

MARÍA. (Echándose en sus brazos enajenada.) ¡Ah! ¡Fuisteis vos!..

LORD. (Temeroso.) ¡Señora!..

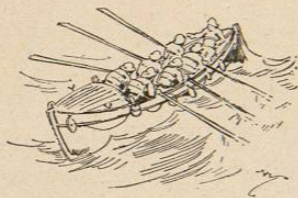
MARÍA. (Separándose de Arturo.) Perdonad, sir Arturo, este movimiento involuntario..., pero he sido madre, he perdido á mi hijo, y vuestra presencia me lo ha recordado.

ARTURO. ¿Vos habéis perdido un hijo?.. Pues yo he perdido á mi madre, señora, y también vos me recordáis mi desgracia.

LORD. (Cortando la conversación.) Basta, Arturo. Estos pobres náufragos necesitan descansar; la cabaña de Jobson es muy pequeña para todos, y espero que acepten la hospitalidad que les ofrezco en mi castillo.

LUCAS. Aceptamos, aceptamos todos. (Aparte.) Lo dicho: es muy bien criado este señor.

LORD. Pues vamos al castillo. (Todos echan á andar. María va á dar el brazo á Arturo, que se lo ofrece; pero lord Melvil, fingiendo no reparar en ello, se interpone y se lo presenta.) Señora...



ACTO SEGUNDO

Magnífico salón en el castillo de Melvil.

ESCENA PRIMERA

LUCAS. Sale limpiándose los dientes con un palillo

LUCAS. ¡Bien he almorzado!.. ¡Bien, bien!.. Me he comido lo menos tres raciones de biftek. ¡No hay como estos pícaros ingleses para asar la carne! ¡Lástima que pusieran alrededor aquella fila de patatas!.. ¡Huy! ¡A un hombre que se está atracando de ellas hace diez y seis años!.. – Pues señor, todos los compañeros de naufragio se han marchado ya, unos en el vapor, otros por el camino de hierro... Mi prima y yo somos los únicos que se han quedado; ¿qué será esto? ¿Si habrá en ello misterio? ¿Si querrán estorbar que sigamos nuestra pesquisa? Ese Jobson, que ha venido con nosotros al castillo, es un hombre que se me ha atravesado aquí... y no hay quien me quite de la cabeza que yo he visto aquella cara antes de ahora... ¡Si sacaremos en limpio que él es el dueño del botón!.. – Y mi prima, que se le ha antojado ahora irse á pasear... ¡Ahí viene . , oiga! ¡Y del brazo con aquel mocito que la salvó!.. ¡Y se ríe! ¡Jesús!.. ¿A que se ha olvidado ya del chiquillo? ¡Vamos, está visto, yo solo tengo un verdadero corazón de madre!

ESCENA II

MARÍA, ARTURO y LUCAS

ARTURO. (Al salir.) ¿Conque qué os parece el parque de Melvil?

MARÍA. Lo que de él he visto, me da muy alta idea de esta posesión. Debe ser muy rico milord.